

“El Quijote”: cielo e infierno sin purgatorios atenuantes

Daniel Zavala

Miguel de Cervantes Saavedra, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*; “Esbozo para una estructura interna del Quijote”, Sergio Fernández; Ed. Trillas, México, 1993.

En el año de 1602, Miguel de Cervantes se vio, una vez más, privado de la libertad. En esa ocasión, tras las rejas de la Cárcel Real de Sevilla. Juego curioso del destino: ¿quién habría de imaginar que en sitio tan aparentemente impropio se concebiría el mayor de los textos que ha producido la lengua española?

A esa obra, como hecho propiciador, debemos: el máximo número de traducciones y reimpressiones que de libro no religioso se hayan hecho en la historia; la apócrifa Segunda Parte del *Quijote* de Alonso Fernández de Avellaneda; él, también apócrifo, *Buscapié*, texto de Adolfo de Castro —quien lo atribuía, astuta y falsamente, a Cervantes— donde se hace una defensa tenaz de la Primera Parte del *Quijote*; las singulares lecturas anagramáticas que realizó Antonio María Rivero de *El ingenioso hidalgo*; las diversas versificaciones basadas en la obra cervantina, entre las que destaca la de Federico Lafuente; el casi incontable número de imitaciones —españolas y extranjeras— hechas siguiendo el modelo de *El Manco*; las también numerosísimas adaptaciones dramáticas del *Quijote* representadas en todo el mundo; *El retablo de Maese Pedro* de Manuel de Falla, que es sólo un ejemplo —quizás el mejor habido en España— de la abundante cantidad de partituras musicales de inspiración quijotesca; las más de trescientas cincuenta ilustraciones realizadas por Gustave Doré; los esfuerzos creativos—imposible determinar si heroicos o insensatos— de un hombre llamado Pierre Menard...

Un escritor señaló —T. S. Eliot, si no recuerdo mal— que cada generación debía traducir a sus clásicos. A lo anterior agreguemos, asimismo, que es imprescindible realizar una labor de carácter reinterprelativo. Esto es precisamente lo que hace Sergio Fernández en el denominado “Esbozo para una estructura interna del Quijote”, incluido en la edición de *El ingenioso hidalgo* preparada por Trillas.

“Lo insignificante del caso”, “Los lazos de la tela”, “La imagen de la imaginación”, “La trasmutación de la realidad”, “El fin de la fiesta infinita”. Estos son sólo algunos títulos de las secciones en que Sergio Fernández divide su estudio. Es evidentemente enigmático el hecho de que Cervantes haya escogido como protagonista de su obra a un hidalgo pobre, provinciano y cincuentón (para no meternos en la extraordinaria y misteriosa cuestión de su locura). ¿Qué pudo

justificar una elección tan atípica? Por otro lado, además de las ineludibles novelas de caballerías, ¿qué antecedentes literarios denota *El Quijote*? ¿Le debe algo a *La Celestina*?; ¿o a la picaresca?; ¿o al teatro de Lope de Vega? Los dos primeros apartados arriba aludidos se abocan al análisis de ese par de lugares obligados en el estudio de *El ingenioso hidalgo*.

Tras la publicación de la *Fábula de Polifemo y Galatea* y de la primera de las *Soledades* (1613), Góngora tuvo que defenderse del impacto negativo despertado en los círculos literarios de Madrid, quienes lo acusaron de ininteligible. El cordobés argumentó que la claridad era un vicio y no una virtud, pues hasta un lector poco áve-zado puede comprender un poema sencillo. Una persona inteligente, en cambio, ve con deleite lo hermético y encuentra gozoso el desentrañarlo.

146

Cervantes, una década atrás, anotó, en la Primera Parte del *Quijote*, que él daría a la luz una obra clara (“dando a entender vuestros conceptos sin intrincarlos y escurecerlos”). Fernández demuestra que no podemos confiar inocentemente en estas palabras. En “Los infinitos ingenios de la Mancha” nos revela un libro escrito por una cantidad abrumadora de autores. Ya no sólo es Cervantes o Cide Hamete Benengeli, también lo son los múltiples compiladores, archivadores, comentaristas, redactores, coleccionistas de datos, estudiosos anónimos que pueden localizarse al interior del texto. Hasta a los lectores les toca turno de convertirse en autores cuando ninguno de los “ingenios de la Mancha” se decide a despejar alguna situación difícil.

Pero el asunto no acaba ahí. En “Lo bizantino del mosaico” hallamos que *El Quijote* es tan sólo el núcleo central de numerosas historias: una “no escrita”, una no declarada, una perdida, otra imprecisa, una más calificada de *futura*, una apócrifa y hasta una fantasma.

En todo lo anterior radica el genio de Cervantes y su calidad de barroco: enfrentados a un poema de Góngora, no todos logran aclarar los significados encubiertos; sin embargo, *todos* advierten que se encuentran ante una obra barroca. Cervantes ni siquiera nos obsequia esa facilidad: su creación es tan perfecta, tan espléndidamente barroca, que hasta el ensamblaje inmediato carece de resquicios delatores, pues su hermetismo no está cimentado en “la metáfora, ni en la inquietud de los conceptos, ni en la contracción de la sintaxis o su resquebrajamiento”. Así, a muchos lectores —aun a los muy atentos puede pasarles desapercibida una arquitectura literaria interna que linda —no exagero— con el vértigo.

En el apartado “Ausencias y menudencias”, Fernández señala: “es la elipsis la que nos lleva a comprender la estructura más importante del *Quijote*”. Imposible cuestionar tal afirmación, pues, para no ir más lejos, las ya casi míticas palabras con que inicia el libro son un juego elíptico (al cual se ha dado todo tipo de explicaciones) que preludia lo que nos depara en el resto de la obra. Asimismo, ¿hay en la literatura una elipsis, una ausencia más inevitable y dolorosa que la de Dulcinea? En la *Divina Comedia*, Dante contempló, al menos por unas horas, a su adorada Beatriz. A don Quijote no se le concedió ni eso.

Xavier Villaurrutia escribió que era justo y útil pedir al crítico juicios, si no originales, sí depurados. Y eso es lo que Sergio Fernández logra en su estudio; aunque él, más humilde, sólo nos diga en principio: “Este texto que sigue [...] tiene la fortuna (¡alguna habría que haber!) de que me ha puesto en contacto, por primera y por última vez, con un genio, que es como tocar, al propio tiempo, el cielo y el infierno sin purgatorios atenuantes”.